1385-1



Leighton, "el hermano Bernardo":

Vida de destierro, de balas y olvido

ANA MARIA ROMERO

Dueño de una capacidad inagotable para conversar y llegar a acuerdos, Bernardo Leighton se paseó por la historia de este país. Ahora, después de la muerte de quien fuera un de los fundadores de la Falange Nacional, el diálogo continua. Pero en boca de quienes lo conocieron y recibieron su ejemplo.

Un día, a los 81 años, él se describió como "oscurito", para contar cómo era cuando conoció a su mujer, Anita Fresno. Pero lo de oscurito sólo se quedó en la piel de Bernardo Leighton Guzmán, cuando su personalidad de hombre idealista y democrático brilló e influyó fuertemente durante buena parte de la historia política de Chile.

Ya sea por obra de Dios, en el que creía con fervor, o por causa del destino, su figura frágil y pequeña estuvo siempre en el lugar y en el momento preciso.

Presenció la caída de Ibáñez y conoció a Pedro Aguirre Cerda. Fue un precoz ministro del Trabajo de Arturo Alessandri Palma a los 27 años y ocupó el Ministerio de Educación y el del Interior durante los gobiernos de Gabriel González Videla y Eduardo Frei Montalva, respectivamente.

Cuatro veces fue vicepresidente de la República, ocupó en tres períodos un asiento en la Cámara de Diputados y alcanzó a ser senador por Santiago sólo por unos meses, hasta que fue interrumpido por el golpe militar de 1973.

Una larga y constantemente admirada trayectoria para este protagonista de numerosas situaciones y acontecimientos, en los que participó movido por una fuerte conciencia social, como siempre advirtieron los que alguna vez lo conocieron. Amante de la justicia, dijo Rafael Agustín Gumucio —fundador, como él, de la Falange Nacional— un día después de su muerte.

Carácter provinciano

Hijo de padres mayores, en 1909 llegó a completar el trío que ya formaban el juez Bernardino Leighton, su mujer Sinforosa y una niña adoptiva, la "Julita", en la ciudad de Nacimiento.

Su carácter tranquilo, sencillo y acogedor "provinciano" —según su amigo Gumucio—, no lo abandonó ni siquiera cuando dejó la casa familiar para partir a estudiar, primero a Concepción y después, en 1922, al colegio San Ignacio, en Santiago.

Su forma de ser hizo que muchos compañeros de estudios se acercaran a él y compartieran sus ideas, ya formadas de acuerdo a la doctrina de la Iglesia Católica y a las enseñanzas jesuitas. Cosa que se prolongó en el tiempo y se hizo más fuerte una vez que entró a estudiar Derecho, en la Universidad Católica.

Allí conoció a jóvenes como Eduardo Frei Montalva, Rafael Agustín Gumucio y Manuel Garretón, con quienes ingresó a las filas de las Juventudes Conservadoras, dentro de las que comenzaron a gestar lo que sería la futura Falange Nacional.

Luego de que se les culpara por la derrota del candidato conservador, Gustavo Ross Santa María, al que no quisieron apoyar en las elecciones de 1938 donde triunfó el Frente Popular, con Pedro Aguirre Cerda, decidieron escindirse y formar su propio movimiento político.

Como más de una vez dijo Bernardo Leighton, la Falange surgió como un partido que estaba de acuerdo con la realidad chilena de ese momento. Se trataba de personas que buscaban crear conciencia y mover a la acción política para cambiar las cosas, porque las cosas estaban generando injusticias.

Pasaron los años y la Falange evolucionó a lo que sería la Democracia Cristiana, que se configuró con gente de otros partidos y con miembros del sector social-cristiano de los Conservadores.

Leighton, quien había adoptado la política como una forma de vida y como un deber de conciencia, años después diría que el partido Demócrata Cristiano estaba cumpliendo en gran medida con las metas que se habían impuesto con la Falange. Y que ya no era sólo un sueño que los valores cristianos penetraran en la vida cotidiana de la sociedad y de las instituciones, sino que era cuestión de tiempo y voluntad.

Siempre se declaró confiado y optimista de que las cosas mejorarían en el país y que se alcanzaría la plena democracia. Por eso consideraba como uno de los mejores momentos de su vida pública —junto con el día en que habló desde el balcón de La Moneda para protestar por el derrocamiento de Juan Esteban Montero— el día en que la Democracia Cristiana asumió el gobierno, en 1964.

Fue gran amigo de Eduardo Frei, así como de todos sus amigos y hasta de sus enemigos, porque según Jaime Castillo Velasco, pese a las diferencias y discrepancias que pudiera tener con alguien, jamás guardaba rencor. Ni desprecio.

Política solidaria

Una filosofía mantuvo Leighton durante su vida: todas las dificultades se arreglan con amistad y con acuerdos. Creía "en el *rol* creativo de la concordia y el consenso entre los hombres". Esa manera de pensar es la que le permitió, ya en su vejez, sostener que en la política había encontrado mucha solidaridad y "cientos y cientos de amigos".

Actitud que le valió el apodo de "Hermano Bernardo", puesto por el periodista Ricardo Boizard —*Picotón*— debido a ese espíritu conciliar que llegaba a ser franciscano.

Según Jaime Castillo Velasco, sus enojos eran pasajeros y duraban lo que se demoraba en terminar una discusión en la que defendía sus puntos de vista con un ánimo firme y combatiente.

Sin embargo, hubo oportunidades en su vida en que el disgusto no fue una cosa pasajera, como el 11 de septiembre de 1973.

Después de la muerte de su amigo Salvador Allende, a quien había conocido cuando estudiaba medicina y él leyes, reunió en su casa a catorce dirigentes demócratacristianos para que firmaran una declaración. En ella condenaban la intervención militar que había derrocado al gobierno de la Unidad Popular y hacían presente que ésa era la posición mayoritaria del partido.

Siguió manteniendo la misma postura durante toda su vida y aunque, como él mismo decía, no estaba en su naturaleza juzgar, consideraba que para un demócrata no había aberraciones morales y políticas peores que las dictaduras.

"El incidente"

Manuel Gumucio recuerda que era un amante de la vida hogareña y que su obsesión era conversar. Así lo hacía con los amigos y con Anita Fresno, con quien estuvo casado desde 1940.

Decía que ella era su gran amor y el tesoro de su vida. La conoció en una fiesta justo después de la derrota de Ross y juntos construyeron un matrimonio sin hijos, que se mantuvo unido por más de 50 años. La relación nunca se interrumpió, ni siquiera con el dolor que les produjo "el incidente", como Leighton llamaba al atentado del que fueron víctimas en Italia.

En 1974 viajaron a Europa invitados por la Democracia Cristiana y estando allá, un decreto los obligó exiliarse.

La noche del 6 de octubre de 1975, cuando la pareja volvía a su casa en Roma después de una reunión, alguien les disparó. Anita quedó herida en la espalda y él en un oído. Ella quedó inválida y él casi sordo, por lo que tuvo que aprender a modular de nuevo.

Pero no se demoraron en perdonar a quienes intentaron matarlos. Anita decía que en el mismo momento en que había ocurrido todo, ya los habían perdonado. Era la forma de poner a prueba su fe cristiana. No quisieron contratar un abogado y consideraron que lo pasado era pasado.

Regresaron a Chile en 1978 expresando que lo único que anhelaron durante todo el tiempo era estar de vuelta en el país.

Bernardo Leighton ya no quiso comentar más "el incidente" y de ahí en adelante sostuvo que lo único que le hubiera gustado olvidar de su vida, era el exilio.

Ayudado por un bastón, se dedicó entonces a cultivar las antiguas amistades y a participar indirectamente de la política. Desde su casa, a través de la televisión, de las revistas y del teléfono. Mientras, su imagen y trayectoria iban creciendo dentro de los políticos de siempre y de las nuevas generaciones también.

Se dice que "nació químicamente bueno" y que fue uno de los políticos más "dialogantes" que ha tenido este país. Para quienes lo conocieron, esas son las características que definen a Bernardo Leighton. Más que su figura bajita y morena que a los 86 años encarnaba décadas y más décadas de política chilena, permanece la virtud que tuvo de ser consecuente con sus ideas hasta el final. Sin importarle que en el camino se le atravesaran destierros, olvidos e incluso balas. ■